

ENTREVISTA A SUSANA CAZZANIGA

El cuidado es un asunto político: pandemia, construcción de lo común y después



*Por Juan Carlos Sabogal Carmona**

Susana Cazzaniga es Licenciada en Trabajo Social, Especialista en Investigación Científica y Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional Entre Ríos. Su tema de investigación doctoral se vinculó con las cuestiones de legitimidad y legitimación en Trabajo Social en el caso argentino. Ha escrito un sinnúmero de libros, capítulos de libros y artículos en revistas científicas. Ha realizado multiplicidad de cursos de grado y de posgrado en distintos lugares de América Latina y España. Asimismo, es una referente muy querida por su calidad humana y por su compromiso académico, investigativo e intelectual en el campo del Trabajo Social. En este número titulado "Pandemia y después: la potencia del reencuentro" –inspirado en la idea de proceso y entendiendo que éste es "un después que está siendo"–, conversamos en torno a algunas de las discusiones y argumentos que viene construyendo como docente e investigadora. La entrevista se organizó en tres momentos. El primero, vinculado a esta cuestión de la pandemia y después. El segundo, repensando algunas discusiones que consideramos pertinentes recuperar a partir de categorías que Susana Cazzaniga viene trabajando vinculadas al Trabajo Social. Y el último, relacionado con algunas preguntas formuladas por estudiantes de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Río Cuarto, Argentina.

La primera pregunta se nutre del contexto de los debates de las perspectivas críticas de las Ciencias Sociales y también de algunas corrientes de los feminismos y la organización de los movimientos de mujeres los cuales, de algún modo, han dado centralidad a las categorías de cuidados y prácticas de cuidados ¿Considerás que esta discusión resulta ser un desafío para la intervención profesional de nuestra disciplina? ¿Las políticas de cuidados son parte de las discusiones?

Estamos en la búsqueda de realizar intervenciones más coherentes, lo que implica entender que ya no podemos intervenir como veníamos haciéndolo hasta hace un tiempo atrás.

En primer lugar, quiero agradecer la generosidad en tu presentación, es un gusto poder conversar. Una entrevista siempre es un intercambio, una conversación donde si bien la interpelada soy yo, eso no quiere decir que no tengamos idas y vueltas que nos enriquecen, a nosotros en particular, y pueden ser aportes interesantes para seguir en el debate. Porque de eso se trata, de las construcciones colectivas desde lo que alguien puede plantear como ciertos interrogantes para repensar entre todas y todos. Creo que en los momentos que estamos atravesando contamos con más interrogantes que respuestas pero bienvenidos los interrogantes. Porque, justamente, si nos permitimos la interrogación quiere decir que estamos preocupados y no estamos naturalizando. Hoy, estamos en la búsqueda de realizar intervenciones más coherentes, lo que implica entender que ya no podemos intervenir como veníamos haciéndolo hasta hace un tiempo atrás y esta búsqueda ya es un aporte significativo. Para iniciar esta conversación voy a hacer un rodeo a la pregunta a fin de contextualizar. Siempre he tenido un gran interés por las trayectorias del campo y de cómo se va produciendo y reproduciendo. En estos momentos, me parece muy importante revisar cómo vamos planteando las respuestas a aquellos interrogantes a los que hice referencia: cómo va retrocediendo, cómo va avanzando en relación con los contextos que nos toca atravesar. Justamente, si miramos hacia atrás, me parece que podemos hablar hoy de una consolidación y resaltar cómo las y los trabajadores sociales hemos salido rápidamente a “decir, hacer y contener” al momento de la emergencia sanitaria por la pandemia COVID-19 y las medidas que se establecieron al respecto, en particular, el ASPO. Inmediatamente, comenzamos a preguntarnos por las redes: ¿qué pasa?, ¿qué hacemos?, ¿cómo lo hacemos? Por iniciativas más grupales y otras encaradas por las asociaciones y colegios profesionales, consideramos la necesidad del encuentro, aunque sea virtualmente. Nos dijimos: “tenemos que pensar, tenemos que hacer algo en términos de acompañamiento de las y los colegas que están en la trinchera o en la primera fila”. Si comparamos esto con la acción de otras profesiones, nuestra reacción fue muy rápida y esto, para mi gusto, también es un indicador de cómo hay algunas cosas que tenemos consolidadas en nuestro campo.

Por otro lado, si miramos hacia el interior, recuerdo que en otros momentos de emergencias no tan impactantes como ésta –porque tengo larga experiencia en Trabajo Social, mis arrugas así lo certifican– la salida era más desde el “hacer”, por ejemplo, con las inundaciones y demás. Pero esto de acompañar, de pensar en conjunto por medios virtuales, de poder decir cosas y de autorizarnos en ese decir frente a profesionales que no eran de nuestro campo, es algo inédito por su generalización e, insisto, por su rapidez. Ahí se da cuenta de un cúmulo de conocimientos que tenemos que reconocer y revalorizar. Recuerdo que había salido el libro *Sopa de Whuang* donde escribieron diferentes filósofos con algunas disquisiciones algo estrambóticas. Creo que desde el Trabajo Social fuimos más realistas.

Ahora estamos atravesando la “pos” pandemia, con vueltas sobre las que tenemos también que discutir. Veo que hay una tendencia en las instituciones a que, de pronto, “nada pasó” y volvemos a retomar las cosas como antes. Tenemos que poner bajo la lupa ese punto. Porque pasaron muchas cosas, demasiadas, que dejaron una gran cantidad de muertos, cantidad de enfermos y secuestrados. La ruptura con lo que yo en aquel momento llamaba la *habitualidad* –o sea, creando otras habitualidades bajo mucha presión–, también dejó marcas: haber necesitado quizás aprender a manejar dispositivos tecnológicos que no estaban dentro de nuestra cotidianidad, el tema del encierro, las consecuencias en la Salud Mental. De esto último se ha hablado mucho. Las y los colegas que trabajan en Salud Mental dan cuenta de este problema, lo están alertando y, ahí, tenemos que hacer un *parate* y mirar cómo estamos transitando ese después. Porque otra de las cosas que creo que también es importante es que, más allá de los modos de intervenir que nos exigió la circunstancia –con mucha presión en la mayoría de las situaciones–, hay que revisar todo lo que creamos e inventamos. Se crearon muchos “artefactos”, otras acciones y escenarios que no podemos dejarlos ahí pensando que lo hicimos “porque estábamos en la emergencia”. Por el contrario, hay que pensar cómo poner ese tramo de las prácticas profesionales y educativas sobre la mesa, discutirlo y evaluarlo. Porque, evidentemente, todos y todas sabemos que no es lo mismo hacer una entrevista cara a cara que hacerlo vía telefónica. Pero también vemos que hubo una serie de cosas que hicimos vía la tecnología que nos permitieron reconocer aspectos que, en la cotidianidad de las instituciones, no las teníamos en cuenta. Por ejemplo, cómo teléfono mediante tuvimos que reconstruir la escena que no veíamos y, en ese reconstruir la escena, empezamos a tener en cuenta la voz, los tonos, los silencios; cosas que siempre nos acompañaron pero que, por la naturalización en el hacer cotidiano, se dejaron de lado. Incluso, tuvimos que incorporarlos en forma mucho más clara. Esta cuestión ética de decir ¿con quién estás? No decíamos

Este tema de volver a pensar que tenemos que seguir haciendo lo mismo y que somos lo mismo es, de alguna manera, una especie de negacionismo.

cualquier cosa. Insisto, produjimos modos diferentes que merecen ser evaluados y revalorizados. Es probable que en ese “balance” podamos incorporar nuevas modalidades. Recuerdo que en el encuentro de FAUATS 2022 la mayoría de las ponencias hablaban del tema de la pandemia y los usos y desusos de nuestros instrumentos y técnicas en la intervención profesional. No obstante a mí me parece que es importante darle un espacio particular a que discutamos en conjunto qué nos pasó y qué dejó todo ese tiempo. Se me ocurre que de ese modo podemos comprender realmente cómo uno transita por momentos de incertidumbre y angustia tan fuertes y podamos pensar que eso que nos pasó y está dentro, tiene que ver con algo que a mí me interesa que es el tiempo. O sea, el tiempo capitalista, el tiempo de la productividad. Porque me parece que, en la habitualidad que tuvimos que construir, fue el tiempo una de las dimensiones que irrumpió de forma violenta: estar constantemente pendientes, a cualquier hora, que nos llamaran. Indiferenciación absoluta entre lo que corresponde al trabajo y lo que corresponde a mis tiempos domésticos, entre tantas otras cosas que generaron mucho desgaste. Pero, también, nos dejó cuestiones que tenemos que aprovechar, y ver estas técnicas en ese encuadre. Por supuesto, nosotros no podemos avizorar claramente lo que viene, pero creo que es muy importante asumir que previo a la pandemia ya vivíamos tiempos de profundas transformaciones –y que la pandemia lo dejó muy claro–. Esa ruptura con otros momentos históricos tiene que ser muy discutida a fin de prefigurar aunque sea algunas cuestiones que nos ayuden a posicionarnos en este escenario tan convulsionado en el que estamos. En el sentido de cómo posicionar y plantear esta realidad, este tema de volver a pensar que tenemos que seguir haciendo lo mismo y que somos lo mismo es, de alguna manera, una especie de negacionismo. Me parece que eso es muy importante también plantearlo en la institución. Lo veo incluso en otras áreas, mi hijo es biólogo, trabaja en el Conicet y me decía, “mamá yo siento como que tenemos que hacer ahora todo lo que no hicimos, y no se puede”. En fin son una serie de aspectos que tenemos que retomar para discutir, para analizar y para investigar.

Recuerdo que en el 2020 se realizó el Congreso Nacional de Trabajo Social Argentino, que se hizo virtual, y en la conferencia inaugural estaban tú, Nora Aquín, Alfredo Carballeda, Paula Meschini y Ana Arias. En ese momento estabas haciendo una lectura de qué estaba pasando en ese primer año de la pandemia. Lo que decías en esa oportunidad me hacía recordar ese argumento que señala Didier Fassin relacionado con la crítica a la razón humanitaria, entendida como ese cruce central entre los sentimientos morales y la idea de compasión, que de algún modo habilita

ciertas gestiones de esas poblaciones con la idea de un gobierno humanitario. En algunos de tus textos señalas esta idea de la "moral sacrificial", propia de nuestra disciplina, que me parece una cuestión muy interesante de retomar. ¿Crees que se puso en juego esta moral sacrificial en algunos argumentos para disputar si éramos esenciales o no en ese contexto de pandemia?

Yo creo que esa discusión estuvo atravesada por esas cuestiones. El tema es cómo poder entender que una cosa es el compromiso –la postura ética que tenemos– y, en ese sentido, que los sectores con los que trabajamos, evidentemente merecen de nosotros lo mejor. Ese es un aspecto. Y el otro es, por ejemplo, llevarme el celular a la cama porque a las dos de la mañana – como soy esencial– tengo que salir corriendo a salvar al mundo. Esas cuestiones son las que nos cuestan discutir y, entonces, entramos en debates que son, para mi gusto, poco productivos. Porque de lo que se trata acá no es si nosotros somos esenciales. Sí, estoy totalmente de acuerdo de que somos esenciales pero para mí la definición de esencialidad que estaba en juego en ese momento –y sigue estando, por supuesto– es nuestro aporte en el momento de la pandemia. ¿Por qué tenemos que estar, dónde y cómo? O sea, hacer un análisis ético –si se quiere– de nuestro aporte allí. Debemos correr un poco de este tema, de que “tenemos que estar porque somos”, porque “si no estamos nosotros las cosas no se hacen o se hacen mal” –y de última estamos tan cansados y cansadas que hacemos nosotros las cosas mal estando ahí–. Me parece que a esos aspectos hay que revisarlos porque tienen que ver, también, con esta moral sacrificial. De algún modo, hay cierta porosidad entre esa dimensión de ese espacio de la intervención profesional y la intimidad. Ese contexto donde todo valía se juega con ese vínculo donde lo íntimo es cercano. Estás en una reunión o clase virtual y se cruzan los niños por detrás, estás en tu casa, no estás en tu trabajo, pero está tu familia y sigues funcionando. Todo esto configuró un contexto bastante particular. Creo que ese fue el momento donde con mayor claridad se expresó la ruptura de algunas de las nociones que establecieron la sociedad moderna: lo público y lo privado. Uno de los binarismos más importantes en términos políticos y de organización social fue lo público y lo privado. Creo que este tiempo de pandemia, justamente, rompió eso. Insisto ¿cómo encuadrarlo, cómo verlo? Revisar en qué nos pasamos “al otro lado” –y jugó la moral sacrificial – y qué cosas fueron interesantes y creativas. Creo que los aportes de las teorías feministas sobre el tema del cuidado para las profesiones que estamos en lo socio-asistencial, vienen muy bien. Cómo se trata ese tema del cuidado donde “yo también necesito cuidarme y ser cuidada”. Yo lo decía –con otras palabras– en una de mis primeras intervenciones durante la pandemia: el

Cuidarme y ser cuidada es político. Yo tengo que exigir políticas de cuidado para los profesionales y las profesionales que estamos en estas situaciones.

cuidado es un asunto político.

Cuidarme y ser cuidada es político. Yo tengo que exigir políticas de cuidado para los profesionales y las profesionales que estamos en estas situaciones. Entonces, me parece que es muy importante recuperarlo, verlo y buscar cómo encontramos esa media –que seguramente no la vamos a encontrar nunca pero, por lo menos, intentémosla como horizonte de sentido– entre lo subjetivo profesional y lo subjetivo en términos de las otras y los otros. Y ponerlo en juego en las intervenciones, no de que jueguen como un subjetivismo ni un practicismo, sino que jueguen para poder comprender mejor cómo estamos enfrentando una intervención y qué está pasando con las personas con las que intervenimos. Eso es lo importante, porque también tiene que ver con el cuidado. Personalmente, vengo de una generación que fuimos formados en que lo importante era la división entre lo objetivo y lo subjetivo: teníamos que hacernos objetivas frente a la situación. Si bien eso ya fue bastante discutido, no obstante, siguió permeando. Creo que tenemos que buscar un punto medio -insisto-, el punto medio es el horizonte de sentido.

En algunos de tus análisis, cuando estás pensando desde una perspectiva histórica la influencia del neoliberalismo en nuestra disciplina, planteas que algunas miradas se detuvieron más en ese estudio de las políticas y menos en las subjetividades. Como que tal vez la cultura, de algún modo, deja de ser vista. ¿Crees que esta perspectiva continúa en términos disciplinares?

Creo que hubo un avance en términos generales, pero no lo suficiente y permanece no sólo en las y los trabajadores sociales, sino también en otros discursos profesionales y en los políticos. Frente a un escenario absolutamente diferente, aunque mantenga algunas invariantes estructurales con problemáticas obviamente que se complejizan de acuerdo al momento histórico, es como que intentamos las mismas intervenciones. Pero no podemos intervenir de la misma manera cuando la problemática es otra. Así como en la sociedad salarial el vector ético que recorría los sectores populares era la solidaridad, hoy tiene que ver más con el individualismo, con los lazos violentos, con otros modos. Con esto no estoy enjuiciando al sector popular, entiéndase bien. Todas y todos fuimos absolutamente impregnados por esta lógica neoliberal en tanto subjetividad. Porque nosotros sabemos que las políticas –en sus lógicas– construyen subjetividad. Y esa subjetividad que construye también tiene una respuesta que permite que esas políticas sigan vigentes.

Los criterios que, por lo general, se usan en términos de intervención son criterios meritocráticos o de derechos. Pero ¡jojo! La sola mención de la

noción de derechos no siempre va en la misma dirección ideológica: están los derechos individuales, hay quienes se inscriben en esta lógica del derecho, pero en términos individuales construyen, también, una subjetividad individualizante y, en última instancia, liberal. Por eso fue tan difícil que todas y todos quienes recibían y reciben la Asignación Universal por Hijo se reconozcan como sujetos y sujetas de derecho. En general, la autopercepción es de beneficiarios. Es un ida y vuelta que se hace carne. Si bien hace bastante tiempo que aparecen estas nuevas subjetividades en las personas con las que trabajamos –y en nosotras mismas–, por ejemplo, la delación entre vecinos no era común en otros momentos históricos y hoy se señala "por qué fulana tiene el plan, si el marido no dijo que estaban viviendo juntos", y todo se vuelve más complejo en términos morales. Quiero resaltar que estoy haciendo análisis, no juicios de valores. En ese escenario tenemos que pensar cómo podemos intervenir en la línea de reconocimiento de la importancia de los derechos colectivos. Las políticas focalizadas más la devastación del Estado, la interpelación subjetiva hacia el consumo como eje del "círculo virtuoso de la economía" operaron y operan como dispositivos colonizadores. Ahora nos preguntamos ¿cómo pasó esto? ¿cómo llegamos a esto? En términos muy generales podemos decir que todas y todos quedamos entrapados en esta trama simbólica, sin lograr comprender lo profundo de estas transformaciones.

Hay un planteamiento tuyo –que es muy querido para la gente de nuestra profesión– en el tema de la intervención en el Trabajo Social y es el abordaje de la singularidad. Se podrían ver algunos antecedentes de esta discusión que estás planteando ahora y leer desde esta perspectiva. ¿Cómo esas subjetividades de los sujetos y sujetas con quienes realizamos nuestra intervención y nuestras propias subjetividades también están siendo o se van transformando? ¿Será que no la estamos formulando con la profundidad necesaria por darle relevancia a esas otras dimensiones?

Creo que avanzamos mucho en la discusión sobre la subjetividad. Pero es difícil ponerla en juego o ponerla en acto en la intervención cotidiana. Hago mucha supervisión y siempre surge la dificultad que tenemos de quebrar o, por lo menos, resquebrajar lo instituido de la institución. Entonces, en esa vorágine cotidiana quedamos ahí y es difícil sustraernos muchas veces y no es que nosotros no queramos, es la lógica que opera allí la que actúa. Necesitamos hacer un esfuerzo para decir paremos, para ver qué está pasando, porque si no aparecen las frustraciones y los "fracasos" de nuestras intervenciones. Las y los profesionales de Trabajo Social hablamos, militamos, discutimos, recuperamos los aportes del feminismo, aceptamos y

acompañamos a las mujeres, en particular de nuestros círculos y en similares condiciones, en sus decisiones respecto de la maternidad. Entendemos y apoyamos la idea de que las crianzas no son para todos y para todas y le exigimos a la mamá de los sectores populares –que tiene algún problema de relación o de convivencia con sus hijos– pero no tenemos en cuenta sus deseos respecto de la maternidad. Por el contrario “trabajamos” con ella para que lo crie. Por supuesto, hay excepciones. Pero esto es bastante común. Puede parecer muy duro lo que estoy diciendo pero, por lo general, decimos reforzar el vínculo familiar pero a lo mejor nunca le preguntamos a esa mujer: “¿Querés criar o no a tu hijo? No te voy a enjuiciar si me decís que no”. ¡Ojo! Que no se malinterprete: estoy diciendo, fundamentalmente, hagámonos esa pregunta. Porque, en general en el área de niñez, lo instituido es reforzar el vínculo familiar, reforzar la condición de madre “de fulana de tal” y vos decís y ¿si no quiere? y ¿si no puede? Porque no es una cosa de querer a veces no se puede. Estas son también subjetividades que siempre estuvieron pero estuvieron soterradas y, en todo caso, se abrieron y salieron a la luz a partir de toda la lucha feminista. Esas me parece que son preguntas que tenemos que hacer en la intervención, en esa situación, en esa singularidad en la que yo trabajo. Porque puedo hablar en términos generales de lo que pasa con la familia que en esos momentos estamos acompañando, pero hay una singularidad que va a dar cuenta de determinadas características que pueden ser muy distintas de otra, en las mismas condiciones. Entonces, tenemos que estar viendo esta cuestión. Hay aportes interesantes de muchas teorías que nos pueden ayudar en este sentido.

Conectado con lo que vienes diciendo, cuando te refieres a las singularidades de estos distintos/as sujetos y sujetas, pensaba que en algún momento en la disciplina se ha dado este debate pero también ¿podemos pensar en distintos trabajos sociales? No es lo mismo el Trabajo Social que se hace en Italia o en España al que se hace en Argentina, en Colombia o en Perú. Entonces, ¿al Trabajo Social también lo podemos pensar en plural?

Creo que nosotros podemos pensar en plural, lo que pasa es que hay quizás algunas -insisto- invariantes que nos identifican como trabajadores sociales o trabajadoras sociales y no como otra profesión. He ido, Juan, a dar clases a Colombia –de paso referencio a tu país- y mis planteos no resultaban ajenos a las problemáticas que enfrentaban las y los colegas presentes. Eso, porque estaba dirigido a quienes ejercían en instituciones parecidas a las de Argentina –en particular en aquellas sujetas a los programas sociales financiados por organismos multilaterales de crédito que definen programas “enlatados”-. Ahora, no me siento autorizada para hablar del Trabajo Social y

Nuestro campo disciplinar profesional no puede decir, hacer, producir en términos universales, porque ciertos problemas van cambiando según el lugar, según la problemática, según las historias, según la trayectoria, según la cultura.

las comunidades originarias porque no tengo ni los conocimientos ni la experiencia de lo que esas situaciones expresan en Colombia para seguir con el mismo espacio de ejemplo. Y sigo, pude haber trabajado mucho en cuestiones de violencia, pero el tema de las movilizaciones en Colombia, el tema de los desplazamientos, etc. etc. son problemáticas que tienen sus características particulares y que el Trabajo Social va a tener que buscarle la singularidad en cada caso. He estado en España y México y me ha pasado lo mismo. Entonces, nuestro campo disciplinar/profesional no puede decir/hacer/producir en términos universales, porque ciertos problemas van cambiando según el lugar, según la problemática, según las historias, según la trayectoria, según la cultura. Son muchas cosas que son diferentes, pero hay algunos aspectos del propio campo que nos identifican como trabajadores y trabajadoras sociales.

Atendiendo justamente a ese interés en la historia disciplinar que planteas, hay una cuestión muy interesante de pensar y es que las ciencias sociales, en general, suelen remitirse a autores clásicos que les permiten pensar más allá de las diferencias de tiempo y espacio. ¿Crees que esta idea de la intención de ruptura –que se denominó la reconceptualización en nuestra disciplina–, de romper con ese pasado, nos jugó en contra en términos de perder de vista algunos aportes que –obviamente contextualizados–, aportaban a la disciplina? Pregunto esto desde lo que algunas investigadoras están trabajando ahora sobre las pioneras del Trabajo Social.

Los países que llevaron adelante todo este movimiento que contuvo diferencias en su interior fueron Uruguay, Chile, Argentina y Brasil. Los cuatro países que vivimos en los setentas –años más años menos– las dictaduras más cruentas. Mi hipótesis es que nosotros veníamos con un proceso de debate disciplinar e interdisciplinar que era consecuente con el momento histórico que estábamos viviendo. No éramos solamente los profesionales de Trabajo Social los que planteábamos reconceptualizaciones sino que muchos campos disciplinares profesionales lo hicieron. La efervescencia de la teoría de la dependencia, de la filosofía de la liberación, de pensar desde lo nuestro estaban mezcladas, quizás, con un marxismo muy mecanicista.

Hace poquito conmemoramos el 24 de marzo, contamos más o menos ciento y pico de colegas desaparecidas y desaparecidos en Trabajo Social, un dato no menor por cierto. También los cuentan Chile y Uruguay, es fuerte. El tema es que, al sufrir el Golpe de Estado, este desmantelamiento del Estado produjo retrocesos importantísimos, ese tiempo de dictaduras no nos permitió hacer los procesos necesarios para repensar cómo estábamos planteando estas rupturas. Esto pasó también en otros campos disciplinares, un autor de del

Estamos en momentos de consolidaciones donde podemos recuperar cómo se construyeron mitos alrededor de la historia y cómo esos mitos nos organizaron como campo, tanto en la formación como la intervención.

campo de la educación, por ejemplo, toma esto y considera que no tuvimos los tiempos necesarios para dar el salto y lograr una síntesis. Si volvemos, en todo caso, a una cuestión más dialéctica quedamos con eso abierto. En Argentina, cuando volvemos a los claustros con la recuperación democrática, con lo único que contábamos como bagaje y debates era aquello de la reconceptualización y nos llevó tiempo poder repensar que lo viejo no era malo, no todo lo viejo era malo ni todo lo nuevo era bueno. Ahora podemos entenderlo, comprenderlo e incorporarlo gracias a investigaciones de muchas y muchos colegas, reconociendo las cosas importantes que hicieron nuestras colegas pioneras, no solamente las de Estados Unidos sino las colegas pioneras de la Argentina. ¿Y cómo podemos recuperarlas? Poniéndolas siempre en contexto. No les vamos a pedir a nuestras primeras colegas que sean anarquistas porque jamás hubieran elegido Trabajo Social, así de simple. Estamos en momentos de consolidaciones donde podemos recuperar cómo se construyeron mitos alrededor de la historia y cómo esos mitos nos organizaron como campo, tanto en la formación como la intervención. En ese sentido, reivindico la reconceptualización en tanto intento de ruptura. Pero vino una ruptura más fuerte desde afuera y nos deshizo en esas posibilidades de hacer síntesis teóricas, epistemológicas, éticas y políticas.

El último momento de la entrevista se vincula con algunas cuestiones que vienen pensando mis estudiantes de las cátedras de Trabajo Social con familias en la que participo en la Universidad Nacional de Río Cuarto: ¿Las intervenciones se reconfiguraron con la pandemia?, ¿Las categorías que consideramos "tradicionales" dejaron de ser utilizadas para pensar o se transformaron? ¿Existen nuevas categorías –en este proceso de estar pasando o saliendo de la pandemia– que nos dan más legibilidad del contexto?

Creo que la pandemia nos exigió revisar y reconfigurar las intervenciones. A mí me parece que ya veníamos diciendo –por lo menos muchas y muchos de los que hablamos de esto– que estábamos viviendo una crisis civilizatoria o un momento civilizatorio diferente, que estábamos ingresando en eso y que era necesario revisar un poco las categorías que utilizamos. **Hace bastante tiempo que vengo diciendo que no está mal que trabajemos la categoría de pobreza, pero creo que es importante que trabajemos la categoría de desigualdad, no es lo mismo y no son lo mismo en las intervenciones. Si a eso le sumamos el aporte de las teorías feministas y el concepto de interseccionalidad, esto hace un campo categorial realmente, no sé si nuevo, pero sí, reconfigurado.** Porque también tenemos esa costumbre de, “esto ya no sirve y lo tiramos”. No, tomémoslo, pongámoslo bajo la lupa,

veamos qué es lo que sirve. ¿Qué es lo que nos sirve? Discutamos realmente su importancia en este momento y reconstruyamos otras categorías. Por ejemplo, “pobreza y desigualdad” como categorías centrales para trabajar unidas a “interseccionalidad”. Que podamos hacer una entrevista en una visita domiciliaria y pueda tener en cuenta que se juegan diferentes explotaciones y sujeciones que no solamente tienen que ver con la cuestión de la riqueza, el tema del capital y el capitalismo, sino también la cuestión patriarcal, las cuestiones de poder, las cuestiones de saber, las étnicas. Entonces, miramos esa situación con lentes más complejos. Por ese lado, hay una cantera bien interesante para poder debatirla, discutirla e incorporarla a la intervención cotidiana. Otro aporte es pluralizar las categorías, dejar de hablar de “la familia” para hablar de “familias”, de niñeces, cuestiones que tienen que ver no solamente con la pandemia, sino que ya había un escenario que se venía produciendo y que daba cuenta de la necesidad de revisar ese campo categorial. Seguramente podemos encontrar muchísimas categorías más, por ejemplo, cómo abordamos la cuestión de la seguridad.

Mis estudiantes también se preguntan cómo lees la coyuntura política actual de la Argentina, donde la crisis social o lo que tú llamas “cambio civilizatorio” es capitalizado para la reinstalación de esos discursos de derecha –como si se transformara la crisis y funcionara como plataforma para posicionarse–.

Es una pregunta profunda y difícil de contestar. Creo que hay cuestiones de revisiones que tienen que ver con las políticas porque, entre otras razones, estos discursos de derecha surgen a partir de un descreimiento en la política y los políticos. Más en la política que en los políticos, como ellos dicen, de los conocidos como la “casta”. Segundo, porque yo creo que también a veces nos cuesta transferir determinados temas, determinados conocimientos, determinados principios para que puedan ser comprendidos por los y las jóvenes. En este sector es el que más preocupa que prenda el tema de la derecha. Porque nosotros sabemos que siempre existió el conservador, el conservadurismo siempre ha estado. ¿Pero qué es lo que nos preocupa más? los jóvenes. Entonces, me parece que hay que revisar cómo transferimos la historia tratando de encontrar puentes con lo que ellos y ellas viven como más próximo. Tenemos que revisar –los que tenemos más edad– cómo demonizamos determinadas prácticas de los y las adolescentes sin poder ver qué son, el porqué de esas prácticas y qué es lo que puede salir de positivo de éstas. Sabemos que los *pibes* juegan a la *play* sin verse pero hablando, ese es un escenario totalmente artificial. Como ejemplo escuchaba alguna vez a unos chicos jugando a la *play* y estaban hablando de temas muy profundos.

Estaban jugando pero de pronto estaban hablando de su futuro, estaban hablando de hacer una carrera universitaria o de "vender huevos toda la vida". No te pones a pensar que en ese dispositivo de la *play*, que es un dispositivo neoliberal, que es un dispositivo de apartamento, un dispositivo que tiende siempre a lo individual, hay prácticas que pueden romper o, por lo menos, hacer algunas fisuras. Entonces, nos alejamos mucho de esos sectores pero no podemos alejarnos. Más allá de que no estemos de acuerdo con algunas cosas, tenemos que ver qué pasa con los chicos. Claro, también tienes que ver una familia o un grupo de referencia que también corrija algunas cosas. Los chicos con esos juegos horribles, saben quién fue Hitler, por ejemplo, lo que pasa es que hay que traerlo a la referencia y discutirlo con ellos, porque también va a haber formas tergiversadas de apropiación. Me parece que ahí hay un punto de realidades diferentes, realidades otras que hay que comprender en sus contradicciones, nada está nunca absolutamente cerrado. Podemos encontrar, por supuesto, que la tendencia de este capitalismo patriarcal neoliberal es convertirte en una persona que consume y que se endeude y dejar de lado a una gran mayoría, no importa, porque hay una minoría que sigue consumiendo esas cosas. Hay algo para hacer ahí, que nos corresponde como trabajadoras y trabajadores sociales.

¿Cómo interpela a nuestra disciplina la inteligencia artificial? ¿Lo vienes pensando? Porque estamos llegando como "de golpe" y no sabemos cómo va a jugar esto en un futuro para nuestro campo de intervención.

Honestamente, tengo que decir que –por ahora– lo único que tengo es preocupación. Acuerdo con quienes dicen que en la medida en que no haya regulación esto puede ser muy serio y grave. Creo que es fundamental la regulación porque es evidente que estos avances tecnológicos adquieren características muy "demoníacas", en términos de que es una ciencia ficción que ha llegado a la no ficción. Hay otra cosa, que a mí me gustaría relacionar respecto de la tecnología –hay cosas que dije al principio y que tienen que ver también con lo que planteaba hace un rato con los jóvenes y nosotros como trabajadoras y trabajadores sociales–, tenemos que incorporar a la tecnología en nuestra formación. Todos y todas sabemos esto, –y no deja de tener su importancia para el momento histórico– que la violencia simbólica más fuerte es aquella que niega el conocimiento de los procesos por los cuales algo llega a ser lo que es. Nosotros vemos el efecto de la inteligencia artificial. Ahora ¿cuáles son los procesos? Sabemos que no podemos ya ir en contra de determinadas cuestiones tecnológicas pero tampoco se trata de adaptarnos, sino de buscar la forma de saber que eso es una construcción que también tuvo "mano y mente" humana y que a lo mejor también podemos, al conocer

esos procesos internos, cambiar algunas pautas. Hoy por hoy tenemos muchísimos programas sociales virtualizados, las bocas de ingreso en las instituciones son todas virtuales, o la mayoría son virtuales, las personas con las que trabajamos manejan estas tecnologías. El celular muy bien, otras no. No estoy diciendo que todas las personas tienen acceso, eso es lo más importante. Garantizando acceso y conociendo y pudiendo reproducir cuál es ese proceso de constitución y por qué llegamos allí, podría ser una vía interesante de ruptura con la reproducción.

Me parece que nos estamos abriendo y damos una oportunidad de mostrar una resistencia, una resistencia de otro tipo, una resistencia que se basa en saber hasta qué punto podemos usarla de forma diferente. Juan, son cosas que uno va pensando, porque es la realidad en la que estamos viviendo. Déjame decir dos cosas en relación al Trabajo Social y la tecnología. Hay líneas de investigación en Uruguay sobre este tema. Uruguay es un país que está muy tecnificado en los programas sociales, hay algo en Chile pero no sé si en la Argentina estamos investigando eso. Me parece que es interesante cómo proponemos en la formación, no solamente aprender a manejar programas, sino cómo se programa –no quiero decir que vamos a sacar programadores– pero, por lo menos, algo mínimo. ¿De qué manera esto impacta en la intervención y cómo se puede responder de otra manera a partir de lo que está pasando?

Esta vorágine del avance de la tecnología también incide en el mercado de ofertas académicas en relación a las decisiones sobre lo que la gente quiere y no quiere estudiar. ¿Estás sugiriendo también que habría que pensar cómo desde el trabajo social se construye una propuesta llamativa que invite a estudiantes a decidirse por esta profesión?

Claro, como no perder la cuestión crítica. Creo que el eje central y ético es la postura crítica pero ¿cómo podemos ser críticos? Conociendo y sabiendo de qué manera se producen las cosas, de lo contrario, quedamos absolutamente colonizados por la tecnología. Ese es el tema, y es difícil, porque por ahí se convierten en dispositivos que también llevan a esa cuestión de la vorágine.

¿Alguna discusión más que te gustaría comentar en relación a esto que venimos conversando y que quisieras señalar?

Ese “después que está siendo”–que me gusta como está planteado– es ese después de un acontecimiento que de pronto irrumpe, pero que en lo estructural venía anticipándose. Ese sentido de cambio, de ser consciente de ese dramático cambio de escenario, posibilita revisar muchas de nuestras

categorías, de nuestros instrumentos, de nuestras técnicas, de nuestras capacidades de análisis, para poder tener otro tipo de intervención. Me parece que, por ese lado, nos hacemos nuevas preguntas o preguntas que a lo mejor las veníamos haciendo hace tiempo y las dejamos de lado. Personalmente, por ejemplo, he vuelto mucho a pensar en la noción de *comunidad* tratando de dejar de lado, quizás, la parte más conservadora de este concepto y *comunidad versus sociedad*, buscando más por el lado de los *comunes*, de cómo vamos construyendo *comunes*. Se construyen comunes materiales y simbólicos que son posibilidades de reconstruir lo colectivo. Eso me gusta mucho de Silvia Federici cuando trabaja fundamentalmente el tema de los *comunes*, esa comunidad que no es un lazo de cierre sino, justamente, una articulación de aperturas, de construcciones. Porque nos llenamos la boca hablando de *territorio* pero las intervenciones –la mayor o una gran parte– están focalizadas *en* el territorio no *desde* el territorio. Por ejemplo, se va con el tema de violencia de género “al” territorio, con problemas de niñez “al” territorio, con salud “al” territorio y poco encontramos una intervención más integral “desde” el territorio. Me parece que también eso es importante en este momento histórico.

Muchísimas gracias por tu gentileza, por tu siempre buena disposición para este tipo de actividades y por tu compromiso por formar a esta generación de trabajadoras/es sociales que tenemos muchas ganas de seguir aprendiendo.

Muchas gracias a vos, Juan, a la Revista, a las y los colegas de la carrera y de la Facultad y, bueno, un saludo a tus estudiantes.

***Juan Carlos Sabogal Carmona**

Colombiano. Trabajador Social por la Universidad Nacional de Colombia, Magíster en Trabajo Social con mención en Intervención Social de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina) y candidato a Doctor en Ciencias Antropológicas de la misma universidad. Ha sido docente de la UNC. Becario de maestría de la SECyT-UNC y becario doctoral por el InES CONICET-UNER. Actualmente, se desempeña como profesor Adjunto en la Universidad Nacional de Río Cuarto y de la Universidad Siglo 21. Sus temas actuales de investigación son género y masculinidades, políticas hacia las familias y usos del dinero en el marco de programas monetarios de transferencias condicionadas. Correo electrónico: juancarlossabogal@gmail.com

